

Modernización y urbanización: las claves y condiciones del recorrido de la.

Pablo Roffé.

Cita:

Pablo Roffé (2013). *Modernización y urbanización: las claves y condiciones del recorrido de la. X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-038/448>

X Jornadas de sociología de la UBA

20 años de pensar y repensar la sociología. Nuevos desafíos académicos, científicos y políticos para el siglo XXI. 1 a 6 de julio de 2013.

Mesa: 41

Autor: Pablo Roffé

Pertenencia institucional: UNQ/CONICET

Modernización y urbanización: las claves y condiciones del recorrido de la “sociología científica” por la ciudad

Introducción

El 26 de enero de 1956, una resolución firmada por el interventor nacional interino de la Universidad de Buenos Aires (UBA), el ingeniero José Babini, y el secretario general de la mencionada casa de estudios, el doctor Ismael Viñas, establecía la creación de un instituto de extensión universitaria y la conformación de una comisión encargada de definir sus objetivos y modos de acción. El artículo 3 de la misma daba a conocer los integrantes de dicha comisión: Risieri Frondizi, Gino Germani, Guillermo Savloff, Juan Carlos Marín y, en el cargo de secretario, Noé Jitrik. En 1957, un documento interno consagrado a realizar un balance de la actuación del Departamento de Extensión Universitaria (DEU) de la UBA a lo largo de su primer año de vida partía de una reconstrucción de los motivos que habían conducido a su instauración. De acuerdo con lo que afirmaba el referido documento, éstos reposaban en una visión particular que detectaba dos problemas dentro del ámbito universitario argentino: en primer lugar, el carácter restringido del acceso a la Universidad, que hacía de unos pocos sectores sociales los destinatarios principales de los estudios superiores; en segundo lugar, y en estrecha vinculación con el aspecto anterior, la orientación parcial de las tareas e investigaciones universitarias que se agotaban en la consideración y el tratamiento de las necesidades y dificultades propias de esos sectores privilegiados. Desde esta perspectiva, la solución a ambos problemas consistía en derribar los muros que separaban el espacio erudito de su contorno social. Expresada a través del lema “la Universidad para el pueblo”, aquella se traducía en una doble operación: por un lado, promover el ingreso a sus aulas de conjuntos sociales cada vez más amplios de la población; por otro, convertir a la totalidad del país en un gran laboratorio en cuyo marco las múltiples disciplinas impartidas en las distintas facultades pudieran llevar adelante análisis de las variadas dimensiones de la realidad nacional y diseñar, a partir de ellos, estrategias de mejoramiento material y cultural de la sociedad (DEU, 1957). Así pues, los motivos implicados en la organización del DEU reconocían como cimientos inamovibles la reivindicación de la investigación científica, la valorización del trabajo interdisciplinario y la afirmación de una voluntad reformista, lo que sintonizaba con un clima cultural específico que había

encontrado una atmósfera favorable a su cristalización luego del derrocamiento de Juan Domingo Perón en septiembre de 1955.

En vistas a comenzar a materializar su cometido, el DEU ocupó su primer año de existencia en la delimitación de tres proyectos diferentes: el establecimiento del Centro de Desarrollo Integral de Isla Maciel, la realización de ciclos radiales y la reactivación de la Biblioteca Popular “Almafuerte” de Sáenz Peña. El Centro asumía como propósito cardinal la aplicación del sistema denominado “Educación Fundamental”, que aspiraba a alcanzar dos metas: el asesoramiento técnico de la población para la solución de sus problemas básicos y el fomento de la iniciativa espontánea y el trabajo directo en ella.

Metas de esta índole exigían, a los ojos de los miembros del DEU, la coordinación de una investigación interdisciplinaria destinada a determinar, precisamente, la naturaleza de aquellas dificultades de fondo que acechaban a los habitantes de Isla Maciel. Por cierto, dicha investigación no tardó en desarrollarse: entre julio de 1957 y febrero de 1958, el Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA y el Instituto de Sociología Argentina y Bonaerense del Ministerio de Educación de la Provincia de Buenos Aires, junto con la Cátedra de Higiene Social de la Facultad de Ciencias Médicas de la nombrada Universidad y el Instituto Nacional de la Nutrición, consumaron un estudio que incluía cuatro encuestas: una de tipo intensivo que abarcaba aspectos generales, tales como la vivienda, la economía y la recreación; otra concerniente a la educación de los niños, que involucraba la ejecución de una serie de test proyectivos y de inteligencia; un cuestionario de carácter sanitario; y, finalmente, uno sobre la alimentación. Mientras que las dos primeras encuestas fueron efectuadas por personal de los institutos sociológicos mencionados y estudiantes de las carreras de Sociología y Psicología de la UBA, dirigidos todos ellos por Gino Germani, la tercera fue aplicada por la Cátedra de Higiene Social, bajo la conducción del doctor Guido Ruiz Moreno, y la cuarta, por el Instituto Nacional de la Nutrición, a cargo del doctor Boris Rothman.

Sin lugar a dudas, la puesta en manos de la sociología de una investigación de este tipo indicaba un alto nivel de confianza en los aportes que podía llegar a brindar. En particular, era la orientación disciplinar propia del referido sociólogo italiano, conocida con el nombre de “sociología científica”, la que resultaba investida de legitimidad. A grandes rasgos, dicha orientación se fundaba en la pretensión de elaborar una teoría general de la sociedad y articularla con la investigación empírica, la identificación de la figura del científico con la del experto, la promoción del trabajo colectivo y la atribución de la capacidad de proporcionar una base racional a los intentos de resolver problemas sociales concretos (Blanco, 2006). Así, un reconocimiento semejante no hacía más que contribuir a su consolidación institucional, que había recibido un fuerte impulso a partir de la creación, en 1957, de la carrera de Sociología de la UBA y la asignación del cargo de director de la misma a Gino Germani.

Más aún, la demanda de la interpretación sociológica de la realidad excedía los límites universitarios. En efecto, provenía también de ciertos organismos internacionales y regionales que estaban interesados en instalar la temática del desarrollo en las agendas política y científica de los países latinoamericanos. Tales organismos veían en la sociología las condiciones

adecuadas para rastrear los obstáculos que impedían la expansión de la prosperidad económica y la estabilización de la democracia, y trazar, en consecuencia, los caminos que permitieran sortearlos (Blanco, 2003). A la luz de esta concepción, no fue casual que la UNESCO encargara y financiara la investigación en Isla Maciel, ni que organizara, en 1959, en Santiago de Chile, junto con la ONU y la CEPAL, el Seminario sobre urbanización en América Latina, que proveería de un marco hospitalario a la exposición de algunas conclusiones parciales del aludido estudio por parte de Gino Germani.

Pues bien, el presente trabajo se propone reconstruir las claves interpretativas que guiaron la formulación de los objetivos, la realización del análisis de los datos recolectados y el desarrollo de las conclusiones de la incursión sociológica en Isla Maciel. Con este fin, lleva adelante una indagación del informe preparado por el sociólogo italiano para el Seminario referido más arriba. Dicha indagación tendrá como horizonte algunos postulados teóricos explicitados en otros escritos del mismo autor.

Los sectores populares en la mira de la “sociología científica”

La importancia de la investigación sociológica en Isla Maciel reside en que implicó la consumación simultánea de dos bautismos. En efecto, se trató, por un lado, de la primera investigación desenvuelta en los marcos del DEU (Germani, 2004) y, por otro lado, del primer abordaje de la ciudad efectuado con los instrumentos analíticos pertenecientes al arsenal teórico y metodológico de la “sociología científica” (Gorelik, 2008). En este contexto inaugural, no era en absoluto irrelevante que su foco estuviera puesto exclusivamente en los sectores populares. De acuerdo con lo afirmado por Germani en unas jornadas organizadas por el DEU en 1958, la realización de un estudio de esa índole respondía a fines teóricos, experimentales y prácticos. Estos últimos reposaban en la utilidad que sus resultados podían tener para la ejecución de los proyectos propios del Centro de Desarrollo Integral. Los teóricos y experimentales, por su parte, colocaban la labor científica contenida en dicho estudio al servicio de la contribución al conocimiento de los efectos de la industrialización en América Latina (DEU, 1958). De suerte que el telón de fondo en el que se insertaba la incursión en Isla Maciel se tejía en torno de una preocupación por la incidencia de ciertos cambios estructurales sobre el segmento inferior de la estratificación social, conformado por las clases bajas.

En modo alguno, esta preocupación era nueva en el pensamiento germaniano. Ciertamente, había adquirido una vasta expresión pocos años antes, en 1955, con la publicación de su primer libro, *Estructura social de la Argentina. Análisis estadístico*. Aquí el sociólogo italiano procuraba llevar adelante un trabajo de morfología social destinado a precisar el volumen numérico de los grupos y subgrupos que componían la sociedad nacional, y determinar la distribución espacial de los mismos. A la luz de una de las dimensiones contempladas, la económica, se hacía visible un tipo particular de agrupamiento: la clase social. De ahí que Germani dedicara un capítulo de la obra a su definición. En él exhibía dos órdenes de fenómenos distintos que había que tener en cuenta a la hora de delimitarla: el estructural y el psicosocial. Aquél incluía los criterios del juicio de valor y el tipo de existencia. Mediante el primero, las diversas ocupaciones se ordenaban en forma

jerárquica. El autor le asignaba carácter estructural debido a que lo concebía como manifestación de una norma socialmente establecida. El segundo concernía a una manera común de vida, exteriorizada en la vestimenta, la vivienda y otros elementos de la “cultura material”. Abarcaba, a su vez, un conjunto de aspectos entre los que sobresalían el nivel económico, referido a las rentas o ingresos de las diferentes ocupaciones, y algunas notas personales, tales como el tipo y grado de instrucción y cultura personal. En el orden psicosocial, Germani también destacaba dos criterios: la autoidentificación de los miembros de cada ocupación con cierta clase y el sistema de actitudes, normas y valores de los individuos que integraban estos grupos específicos. Ambos criterios se sintetizaban, por lo demás, en el concepto de *personalidad social de status* que aludía a una configuración mental compartida por la mayoría de quienes pertenecían a una clase a causa de la comunidad de vida y la similitud de posición dentro de la sociedad (Germani, 1987).

El sociólogo italiano otorgaba un papel crucial a la historia en el proceso de estratificación social. Dicho papel resultaba aun más notorio en países tan dinámicos como la Argentina. A este respecto, Germani detectaba el siguiente problema: las rápidas modificaciones sufridas en los aspectos mencionados en el párrafo anterior no se encontraban *sincronizadas*. Un cambio en la posición social de un grupo particular, por caso, no estaba acompañado con frecuencia de una variación en su sistema de actitudes y expectativas. Semejante problema complejizaba el análisis de la estructura de clases, por cuanto abría la posibilidad a múltiples combinaciones entre los criterios estructurales y psicosociales. Tal posibilidad conducía a Germani a reconocer en estos grupos una relativa heterogeneidad y, en consecuencia, a referirse a ellos en plural. Así, la sociedad argentina registraba entre sus sectores principales a las clases medias y las clases bajas.

En *Estructura social de la Argentina. Análisis estadístico*, su autor renunciaba a realizar una indagación profunda de la estratificación social debido a la falta de datos pertinentes. Se limitó, en cambio, a efectuar una aproximación general. Sin embargo, no desaprovechó la oportunidad para dejar sentado en la agenda científica la necesidad de estudios más detallados sobre la cuestión. En cierto sentido, la investigación en Isla Maciel avanzó en la satisfacción de esta necesidad. Sin proponérselo explícitamente, constituyó un abordaje de las clases populares que en ningún momento dejó de resaltar su heterogeneidad.

El trasfondo teórico y metodológico del tratamiento de la cuestión urbana

Titulado “Investigación sobre los efectos sociales de la urbanización en un área obrera del Gran Buenos Aires”, el informe presentaba un examen preliminar de la información recogida a través de la primera encuesta mencionada en la Introducción. El breve texto se abría con la exposición de los objetivos y el método del estudio. Aquéllos apuntaban a describir un grupo de inmigrados desde el interior a la zona seleccionada, conocer las motivaciones y circunstancias que habían provocado y acompañado su desplazamiento espacial, observar algunos aspectos del impacto de la vida urbana sobre ellos y comparar sus características con las de otro grupo de inmigrados de mayor

antigüedad de residencia en la ciudad y un conjunto de nativos (Germani, 1967). Desde el inicio, quedaba claro que una aproximación sociológica a la cuestión de la urbanización, tal como se anunciaba en el título, suponía la delineación de una vía de acceso específica: el abordaje de los procesos de movilidad ecológica de vastos contingentes poblacionales. En otras palabras, la inmigración ofició de puerta de entrada de esta ciencia social a la ciudad. Por lo demás, en modo alguno era excepcional esta operación, habida cuenta de que Germani, en *Estructura social de la Argentina. Análisis estadístico*, había concebido aquélla como un factor que, al igual que el crecimiento vegetativo, contribuía a la expansión de ésta.

El método, por su parte, se desprendía del último objetivo referido: se trataba de una comparación. Según Germani, ella debía contraponer la situación de los migrantes instalados en Isla Maciel y la de los habitantes de las regiones de procedencia. No obstante, la falta de investigaciones antropológicas y sociológicas sobre la estructura cultural y social de tales regiones había obligado a reorientar el foco hacia la confrontación de grupos que, si bien estaban radicados en la misma zona, se distinguían por su origen y antigüedad de residencia. Desde dicho cambio de dirección de la mirada, Isla Maciel se volvía adecuada, no sólo porque contenía la variedad social referida, sino también porque ésta se encontraba claramente distribuida en dos tipos de ambientes diferentes: mientras que las familias nativas y las inmigradas hacía mucho tiempo habitaban en un área regularmente urbanizada, conformada por viviendas humildes entre las que predominaban las casas de inquilinato de madera y chapa canaleta; las familias arribadas recientemente vivían en un conglomerado de moradas de emergencia, construidas por ellas y carentes de los servicios esenciales –agua, cloacas, electricidad-, lo que lo tornaba proclive a inundaciones, incendios, derrumbes y enfermedades. Por cierto, estos espacios recibían los nombres de “isla” y “villa”, respectivamente.

Nutrida de las herramientas analíticas propias de un abordaje cuantitativo, tales como la elaboración de cuadros a partir del cruce de distintas variables y el establecimiento de porcentajes, la comparación se ponía al servicio de la determinación de los grados de transculturación, es decir, de incorporación de las pautas de vida correspondientes a la sociedad de destino, de los grupos contemplados. En el marco de la investigación aquí considerada, semejante cuestión se recortaba sobre un telón de fondo caracterizado por la problemática de la *modernización*. Con dicho término, Germani aludía a la transición que conducía desde una sociedad tradicional a otra industrial. En los primeros países que la recorrieron, ésta resultó profundamente favorecida por la manifestación de dos procesos relacionados entre sí: el de tecnificación del campo y el de industrialización. El aumento de la productividad del sector primario, posibilitado por aquél, provocó la expulsión de la mano de obra del ámbito rural y su absorción por parte de las fábricas que se consolidaban en las ciudades. El desarrollo de las actividades pertenecientes al sector terciario, en torno de las que incluía el secundario, constituía un factor adicional en la promoción de la movilidad ecológica que redundaba en el crecimiento cuantitativo del ámbito urbano. Traducida en clave sociológica, esta experiencia histórica mostraba que la modernización involucraba la concurrencia de un conjunto de variables conectadas de una manera específica: la *industrialización* facilitaba la *urbanización*, entendida en sentido *demográfico*

como el incremento de la población urbana, a través de la *migración* del campo a la ciudad.

De acuerdo con Germani, la transición no se agotaba, sin embargo, en una serie de cambios estructurales. Antes bien, implicaba transformaciones en la dimensión normativa, compuesta por esquemas y valores sociales. En la estela dejada por el pensamiento durkheimiano, el sociólogo italiano reconocía en la división del trabajo social un aliciente del pasaje hacia la sociedad industrial. La especialización de funciones generada por aquella traía consigo la cristalización de un nuevo tipo de lazo social basado en la complementariedad: la solidaridad orgánica. Su forma de concreción predominante era el establecimiento de contratos, que suponía la existencia de individuos capaces de determinar autónomamente su voluntad. La situación así configurada, lejos de descansar sobre la dilución de la conciencia colectiva, particularmente homogénea en grupos donde regía la solidaridad mecánica, en tantas visiones del mundo como miembros de la sociedad, surgía de un cambio en los contenidos de ésta. No era la atomización la característica principal de dicha situación sino un suelo común delimitado por un conjunto de esquemas y valores –el elemento no contractual del contrato- que convergían en la reivindicación de la racionalidad y la individualidad. Podía ocurrir, por lo demás, que el desarrollo de la división del trabajo social no estuviera acompañado por una regulación social asentada en tales esquemas y valores. Un caso de esta índole recibía el nombre de *anomia*.

Basado en la tradición sociológica norteamericana, en general, y la obra *The Polish Peasant in Europe and America* de Thomas y Znaniecki, en particular, Germani incorporaba una tercera dimensión de análisis, la psicosocial, que incluía las actitudes, entendidas como la internalización de los esquemas y valores sociales bajo la forma de hábitos individuales. A este respecto, discernía dos mecanismos que facilitaban la transformación de dichas actitudes: los medios tecnológicos –prensa, radio, cine- y la inmigración. La falta de correspondencia entre ellas y alguna de las otras dos dimensiones, ya sea la estructural o bien la normativa, conducía a un proceso de desintegración que se exteriorizaba con frecuencia en altas tasas de delincuencia, vagancia, alcoholismo, prostitución y suicidio (Germani, 2006).

Así pues, la aludida definición de modernización permitía a Germani realizar una doble operación, consistente en identificar a la sociedad industrial con la sociedad urbana y a ésta con un conjunto de pautas de vida. De aquí que a la concepción *demográfica* de urbanización el autor sumara una *sociológica*, referida a la expansión de tales pautas. En el horizonte de semejantes nociones, la investigación en Isla Maciel cobraba un matiz específico que dejaba ver detrás de la pregunta por la migración y sus problemas la interrogación por un mecanismo de difusión de un determinado estilo de vida y, en última instancia, la preocupación por las posibilidades de la modernización.

Familia y desorganización social

El análisis inserto en el informe considerado en el presente trabajo abarcaba, entre otros aspectos, la organización familiar de cada uno de los grupos delimitados. De acuerdo con el mismo, en todos predominaba la familia

nuclear aislada. En el de inmigración más reciente, que residía en la zona denominada “villa miseria”, ésta se había constituido mayoritariamente con anterioridad a la partida del lugar de origen. Asimismo, la decisión de viajar en raras oportunidades había emanado de un período previo de reflexión. A los ojos de Germani, dicha información en modo alguno resultaba desdeñable, por cuanto podía constituir un indicio de la ausencia generalizada de una pauta racional de vida.

Otra característica distintiva de quienes habían arribado tardíamente de las provincias del interior era la alta proporción de uniones libres que presentaban. Un dato de esa naturaleza ponía reservas a la aceptación sin más de la imagen de la familia rural estable y apegada a los valores tradicionales. Según el sociólogo italiano, la expansión de los matrimonios legales debía interpretarse como una manifestación del proceso de integración a la sociedad urbana. A este respecto, brindaba dos razones: en primer lugar, debido a que suponía un estrechamiento de los contactos, no sólo con los habitantes de la villa, sino también con los de la “isla”. Por cierto, semejante estrechamiento podía adquirir la forma de una mayor participación en asociaciones voluntarias, tales como clubes, sindicatos y mutuales. En segundo lugar, debido a que implicaba la asunción de aquel rasgo como símbolo de respetabilidad, lo que reflejaba la transformación de los sectores urbanos en grupos de referencia.

Las familias radicadas en la villa tenían, en promedio, más hijos que las nativas y las de antigua residencia. Combinado con el anterior, dicho dato hacía patente la elevada tasa de nacimientos ilegítimos. Desde la perspectiva de Germani, esta circunstancia inquietante estaba estrictamente vinculada con un tercer elemento: la casi inexistente limitación voluntaria del número de hijos en el grupo de inmigración reciente. Un atributo externo como el tamaño de la familia revelaba así la ausencia de una actitud de índole racional.

El comportamiento económico parecía confirmar la conclusión precedente. Los últimos en llegar a Isla Maciel ocuparon los puestos más informales del sector terciario: trabajaban en el puerto como “changadores” o en el transporte marítimo. A diferencia de la ola migratoria anterior, que se había producido a partir de la instalación de dos frigoríficos en el área, procedentes de Zárate y Campana, el desplazamiento poblacional ulterior respondió más a factores de expulsión operantes en los lugares de origen que a factores de atracción pertenecientes a la sociedad de destino, tales como la creación de ocupaciones formales en las actividades propias de los sectores secundario o terciario. De modo que, en la Argentina, la transición tomaba un sendero distinto del que habían recorrido las potencias europeas en el siglo XIX, por cuanto aquí se verificaba un incremento del nivel de urbanización demográfica mayor que el correspondiente tanto a la industrialización como al comercio y los servicios asociados con ella. De ahí que la situación laboral de los inmigrantes recientes fuera precaria: no sólo tenían ingresos inferiores a los de los otros grupos por la realización de aquellos trabajos poco especializados que requerían de una baja calificación, sino que cobraban su sueldo en forma diaria. La baja proporción de integrantes de la familia que aportaban, derivada de su gran tamaño, empeoraba el panorama. Más aún, a pesar de tan extremas dificultades, los datos recolectados por la encuesta indicaban que el nivel de participación de los miembros remunerados en el mantenimiento de la familia era menor que el de los sectores de antigua residencia y nativo. Esta

circunstancia, sumada al hecho de que en la villa acontecía con mayor frecuencia el caso de jefe único concurrente a espectáculos –lo que conducía a pensar que una parte indispensable para ayudar a cubrir las necesidades familiares se disipaba en la asistencia individual al cine o los eventos deportivos-, traslucía dos notas centrales del grupo de inmigración reciente: la falta de previsión y la gravitación de un clima familiar autoritario.

Las acuciantes condiciones económicas se tornaban visibles en algunas características de la vivienda, tales como la propiedad del lote, el tipo de material y la disposición de los servicios esenciales. La ausencia de éstos y la inadecuación de aquéllos para la construcción, junto con la existencia de pisos de tierra y un alto grado de hacinamiento, dibujaban los contornos de un ambiente que contrastaba incluso con el de la zona urbanizada, compuesto por “conventillos” que, si bien estaban provistos de agua y electricidad, no quedaban exentos de deficiencias sanitarias y habitacionales entre las que se destacaban la falta de intimidad y los problemas de espacio. De acuerdo con Germani, el ambiente precario de la villa impedía el desarrollo de una vida familiar regular. En este marco, era común la deserción y el abandono escolar, el trabajo ejercido por menores de catorce años, a pesar de la prohibición legal vigente al respecto, y la formación de pandillas infantiles y juveniles.

Del análisis desplegado en su informe, el sociólogo italiano concluía que muchos de los problemas que atravesaban en la ciudad las familias de inmigración reciente habían sido trasladados de los lugares de origen. Por caso, las altas proporciones de uniones libres, la ausencia de actitudes racionales, manifestada en la falta de previsión en la cantidad de hijos y en el presupuesto, y la fuerte gravitación de un clima autoritario. Sin embargo, otros surgieron o resultaron agravados a partir del proceso de migración. A este respecto, el apremiante ambiente de la villa jugó un papel central, por cuanto facilitó la aparición de conductas divergentes, tales como la prostitución y el alcoholismo que traía consigo dificultades adicionales: los malos tratos, el juego y la vagancia. Germani encontraba aquí un punto de apoyo para considerar la urbanización derivada de los movimientos ecológicos como factor de desorganización social. Por lo demás, el deterioro de los mecanismos de control social en los planos de la familia, la comunidad local y la sociedad global, expresado, respectivamente, en el debilitamiento de la primera, la casi nula participación de los habitantes de la villa en asociaciones voluntarias y el reducido acceso por parte de ellos a los medios de información, tendían a profundizar los efectos desintegrantes de la urbanización.

Conclusión

De lo desarrollado a lo largo del presente trabajo se desprende que la investigación en Isla Maciel constituyó un episodio que encerraba una gran densidad histórica, por cuanto mostraba a las claras, por un lado, las condiciones políticas, culturales e institucionales en las que la incorporación de la ciudad dentro de la jurisdicción propia de la indagación sociológica tenía lugar, y, por otro lado, la matriz interpretativa que ésta construyó con el fin de abordar la cuestión urbana. El derrocamiento del presidente Juan Domingo Perón había repercutido profundamente al interior de la Universidad. En efecto, preparó el terreno para la creación de espacios institucionales, tales como el

DEU y la carrera de Sociología, pertenecientes a la UBA. Ciertamente, no sólo trajo consigo una renovación del personal universitario sino también favoreció la cristalización de un clima cultural basado en la reivindicación de la investigación científica y en la afirmación de su importancia para la determinación de los problemas que se veían obligados a enfrentar los diferentes sectores de la sociedad y la elaboración de soluciones racionales que pudieran eliminarlos.

En este contexto, no resultaba casual la participación de una misma figura en la consolidación de los mencionados espacios institucionales. Como se afirmó en la Introducción, en 1956, Gino Germani era designado miembro de una comisión encargada de organizar el DEU y, al año siguiente, asumía el cargo de director de la carrera de Sociología. Quizá esta doble participación cumplió un papel clave en el establecimiento de una alianza entre ambos. En todo caso, no era irrelevante que la misma se fundara en un reconocimiento de los aportes teóricos y prácticos que la sociología podía llegar a hacer. Tampoco lo era el hecho de que un reconocimiento semejante proviniera de organismos regionales e internacionales. Traducidas en un aumento de la demanda de estudios sociológicos, tales visiones positivas en torno de esta ciencia social allanaban el camino hacia su institucionalización. En la medida en que fue solicitada por el DEU, subsidiada por la UNESCO y presentada en un seminario auspiciado por ésta, junto con la ONU y la CEPAL, la investigación en Isla Maciel exhibió una red institucional que terminó facilitando la constitución de la “sociología científica” en voz autorizada de los temas sociales.

Por lo demás, el que haya sido realizada en el marco del DEU promovió el fortalecimiento de lazos entre disciplinas. Así, la incursión en Isla Maciel abrió las puertas al encuentro de la sociología con la medicina, a través de la confluencia de diversos espacios, tales como el Instituto de Sociología de la UBA, el Instituto de Sociología Argentina y Bonaerense del Ministerio de Educación de la Provincia de Buenos Aires, la Cátedra de Higiene Social de la Facultad de Medicina de la UBA y el Instituto Nacional de la Nutrición.

En términos estrictamente intelectuales, la aproximación sociológica efectuada en la zona localizada al sur del Riachuelo permitió a Germani avanzar en el conocimiento de las formas adoptadas por la modernización en un país como la Argentina, que había comenzado tardíamente a recorrerla. En especial, facilitaba la focalización en los efectos que ella estaba produciendo sobre los sectores populares, lo que insertaba, de modo tácito, dicha aproximación en una de las líneas investigativas trazadas en *Estructura social de la Argentina. Análisis estadístico*, concerniente al estudio de la estratificación social.

Sobre este telón de fondo configurado por el interés en la modernización y la estructura de clases, el sociólogo italiano ubicaba en el centro de su indagación la urbanización, a través de una operación que se valía de una lectura particular de los desarrollos teóricos pertenecientes a las tradiciones sociológicas europeas y norteamericana. A la luz de dicha lectura, ésta asumía dos sentidos: el demográfico, que refería al aumento de la población de la ciudad; y el sociológico, que aludía a la expansión de pautas de vida racionales. Los procesos componentes de la modernización, entre los que se contaban la tecnificación del campo y la industrialización, provocaban el desplazamiento de vastos contingentes poblacionales hacia la ciudad, lo que

redundaba en una urbanización entendida según el primero de sus significados. La llegada de masas de migrantes, a su vez, sentaba las bases para la incorporación de las actitudes racionales correspondientes a la sociedad moderna por parte de un número cada vez mayor de individuos, esto es, para la urbanización concebida de acuerdo con el segundo de sus significados. De ahí que Germani desprendiera de ambos sentidos su doble condición: la urbanización era, al mismo tiempo, hija de la modernización y una de sus principales difusoras.

Munido de este esquema conceptual, el sociólogo italiano delimitó un territorio teórico dentro de la ciudad. Ciertamente, tal esquema le dio a su fórmula disciplinar un objeto vinculado con aquélla: la migración. Asimismo, le proporcionó un interrogante en torno de dicho objeto: la pregunta por la internalización de las pautas de vida racionales por parte de quienes arribaban a áreas urbanas. Finalmente, le atribuyó una virtud práctica: la capacidad de detectar los obstáculos que dificultaban la mencionada internalización y delinear estrategias destinadas a sortearlos.

De modo que el episodio aquí considerado constituyó un capítulo de la ampliación de los límites de la “sociología científica” a la ciudad. Su tratamiento muestra un momento de ascenso de dicha orientación disciplinar. Sin embargo, también refleja un estremecimiento de algunas certezas relacionadas con la modernización. Ciertamente, la incursión echó luz sobre inquietantes diferencias que la situación nacional presentaba respecto de la experiencia europea. Una de ellas concernía a las etapas de la transición. En Isla Maciel se había dado una urbanización sin la correspondiente expansión del sector secundario. La otra atañía a los problemas que suscitaba. En América Latina había dado lugar a la conformación de conglomerados de casas precarias, ámbitos privilegiados de la desorganización social, que, en la Argentina, recibían el nombre de “villas miseria”.

Bibliografía

Blanco, Alejandro (2003). Política, modernización y desarrollo: una revisión de la recepción de Talcott Parsons en la obra de Gino Germani. *Estudios sociológicos*. 21, 667-699.

Blanco, Alejandro (2006). *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Departamento de Extensión Universitaria (1957). *1956-1957. Un año de Extensión Universitaria*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.

Departamento de Extensión Universitaria (1958). *Jornadas de Extensión Universitaria: desarrollo de la comunidad*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.

Germani, Ana Alejandra (2004). *Gino Germani. Del antifascismo a la sociología*. Buenos Aires: Taurus.

Germani, Gino (1967). Investigación sobre los efectos sociales de la urbanización en un área obrera del Gran Buenos Aires. En Hauser, Philip (comp.), *La urbanización en América Latina* (pp. 231-262). Buenos Aires: Solar/Hachette.

Germani, Gino (1987). *Estructura social de la Argentina. Análisis estadístico*. Buenos Aires: Ediciones Solar.

Germani, Gino (2006). Anomia y desintegración social. En Blanco, Alejandro (comp.), *Gino Germani: la renovación intelectual de la sociología* (pp. 55-73). Bernal: Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes.

Gorelik, Adrián (2008). La aldea en la ciudad. Ecos urbanos de un debate antropológico. *Revista del museo de antropología*. 1, 73-96.